

Salmos 133 y 134

Arend REMMERS

biblicom.org

Índice

1 - Salmo 133	3
1.1 - Del Salmo 132 al Salmo 133 se produce un cierto progreso	3
1.2 - Hermanos que viven juntos en armonía	4
1.3 - El aceite, símbolo del Espíritu, es la fuente de la unidad	6
1.4 - El rocío, símbolo de la Palabra de Dios, aporta frescor y bendición .	7
2 - Salmo 134	9
2.1 - La alabanza en la Casa de Jehová	9
2.2 - La invitación a bendecir a Jehová en el Lugar Santo	10
2.3 - La bendición que Jehová trae a los suyos	11

Notas tomadas durante una meditación

Los Cánticos de los grados, de los que forman parte los [Salmos 133 y 134](#), describen los grados del desarrollo espiritual *interior* en las almas del remanente futuro del pueblo de Israel. El libro de los Salmos en su conjunto muestra el desarrollo *exterior* en la historia futura del pueblo de Israel. Más concretamente, se trata del remanente, en relación con el Señor Jesús, su Mesías, hasta el momento en que Él estará en medio de ellos, en el Milenio.

Así, los 5 grupos de los Cánticos de los grados muestran las fases sucesivas de este desarrollo interior en las almas y en las conciencias de este remanente, hasta que llega a la paz plena que Dios quiere darle durante el Milenio. En el último grupo ([Salmos 132 al 134](#)), se alcanza el objetivo divino.

1 - Salmo 133

«¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía! Es como el buen óleo sobre la cabeza, el cual desciende sobre la barba, La barba de Aarón, y baja hasta el borde de sus vestiduras; Como el rocío de Hermón, que desciende sobre los montes de Sion; porque allí envía Jehová bendición, y vida eterna».

1.1 - Del Salmo 132 al Salmo 133 se produce un cierto progreso

En el [Salmo 132](#), se presenta primero *el lugar* donde Dios habitará en medio de su pueblo Israel: es Sion, que Jehová ha elegido (v. 13), el templo donde se ha dado a conocer. Allí, Él es el centro de toda la adoración de su pueblo, de todo su servicio. Este lugar elegido por Dios también tiene un significado para nosotros, los cristianos. Es importante que nuestros corazones sepan con certeza que hay un lugar donde el Señor ha prometido su presencia. Él desea ser adorado allí, en medio de los suyos reunidos en su nombre. Allí nos dará su bendición.

En el [Salmo 133](#) aparece el estado colectivo de las almas, el amor fraternal y la unidad espiritual de los que forman el pueblo de Dios. Naturalmente, esto se aplica *en primer lugar* al pueblo de Israel. Y en la historia de Israel, a menudo las tribus estuvieron lejos de estar unidas en paz y amor fraternal.

Pensemos, por ejemplo, en la división que se produjo en el reino de Israel, separando a 10 tribus de las otras 2. El profeta Isaías evoca el estado de su pueblo 100 años antes del cautiverio de Babilonia: «Cada uno hurtará a la mano derecha, y tendrá hambre, y comerá a la izquierda, y no se saciará; cada cual comerá la carne de su brazo; Manasés a Efraín, y Efraín a Manasés, y ambos contra Judá. Ni con todo esto ha cesado su furor, sino que todavía su mano está extendida»; a continuación, indica cuál será el juicio de Dios: «Ni con todo esto ha cesado su furor, sino que todavía su mano está extendida» (Is. 9:20-21). Así se manifestó el odio entre las tribus de Israel, que deberían haber estado unidas, pero que se “devoraban” unas a otras. En el Milenio, todo esto terminará. Lo aprendemos del mismo profeta, en el capítulo 11; comienza presentando al Mesías, el vástago del tronco de Isaí (v. 1-5), y luego declara: «Y se disipará la envidia de Efraín, y los enemigos de Judá serán destruidos. Efraín no tendrá envidia de Judá, ni Judá afligirá a Efraín; sino que volarán sobre los hombros de los filisteos...» (v. 13-14).

1.2 - Hermanos que viven juntos en armonía

El profeta predice así la unidad de la que habla el [Salmo 133](#). En lugar de odiarse unos a otros, están unidos en paz: «¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es Habitar los hermanos juntos en armonía!» (v. 1). Esta será la condición moral de los judíos en el Milenio.

Para nosotros, los cristianos, cuán necesario es conocer esta unidad de los hermanos que viven juntos. Muchos de nosotros hemos vivido períodos en los que no había paz entre los hermanos. Si no hay paz, ¡no hay bendición! Pero aquí tenemos, por un lado, esta promesa, pero también, por otro lado, la necesidad de vivir juntos en paz. Es algo muy práctico. La paz entre hermanos y hermanas no es, en cierto sentido, un don de Dios. Es el resultado de nuestros esfuerzos, de nuestros esfuerzos *espirituales*, por supuesto. Pero no es algo que Dios da o no da, depende del estado de nuestra alma.

El Nuevo Testamento también nos da advertencias solemnes, como esta: «Pero si os mordéis y os devoráis unos a otros, ¡tened cuidado que no seáis destruidos los unos por los otros!» (Gál. 5:15). El triste estado de estos creyentes había sido provocado por falsos doctores que querían introducir la Ley en el cristianismo. Tu vieron mucho éxito, **ya que el cristianismo en general está hoy bajo la Ley**. Fue entonces cuando comenzó la situación que Pablo denunciaba entre las diversas asambleas de Galacia: se mordían como perros en lugar de mostrar amor, longani-

midad y paciencia. Comenzaban mordién dose, continuaban devorándose y terminaban consumiéndose unos a otros. ¿No hay asambleas que se han consumido por falta de amor fraternal? Se mordieron, se devoraron, se consumieron y, finalmente, *el testimonio* desapareció.

Es algo muy práctico y solemne: es nuestra responsabilidad «soportarnos unos a otros en amor», como nos exhorta la Epístola a los Efesios, que presenta a la Asamblea en su nivel espiritual más elevado. Sin embargo, había amor, como también lo había entre los filipenses. Sin embargo, aunque el estado de estas asambleas era *casi* perfecto, el apóstol dice: «Yo, pues, prisionero en el Señor, os exhorto a que andéis de manera digna del llamamiento con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, con longanimidad, soportándoos unos a otros en amor» (Efe. 4:1-2).

- «Con toda humildad y mansedumbre»: La primera condición es ser humilde, no pensar que soy más grande e importante que mi hermano o mi hermana; la verdadera humildad no es solo pensar muy poco en uno mismo, ¡es no pensar en uno mismo *en absoluto*! Es la humildad perfecta manifestada por el Señor Jesús, que nunca buscó su propio interés, sino más bien lo que era para el bien de los hombres. ¡Y finalmente se entregó por nosotros! A esta humildad se une la mansedumbre: con tanta facilidad podemos ser duros unos con otros, cuando deberíamos reflejar la mansedumbre y la benevolencia de Cristo (2 Cor. 10:1; Mat. 11:29).

- «Con longanimidad»: A veces nos parece imposible soportar a una persona de carácter difícil, pero la longanimidad consiste precisamente en soportar siempre las debilidades de carácter de mi hermano o mi hermana. Cada uno de nosotros tiene *su propio* carácter, y tal vez yo mismo haya sido a menudo un motivo de ejercicio para mis hermanos. La longanimidad no significa, evidentemente, tolerar el mal; este debe ser tratado según las reglas bíblicas de la disciplina, en la Asamblea

- «Soportándoos unos a otros en amor»: Todos hemos recibido el amor de Dios, en la medida en que nos hemos convertido. Conocemos al Señor que se entregó por nosotros, y sin duda lo amamos débilmente; sin embargo, disfrutamos de su amor y del amor de Dios. Pero eso no es suficiente, no podemos detenernos ahí. Dios desea que su amor, que ha sido *derramado* en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Rom. 5:5), se extienda. Debe fluir de nuestros corazones, que son como vasos llenos de este amor *hacia* los demás.

Si actuamos así, nos soportaremos unos a otros en el amor. No será por estoicismo. En el mundo se actúa de esta manera: hay que soportarse, pero a veces se hace con desdén. Aquí, es el amor de Dios lo que nos une porque todos somos hermanos y

hermanas, hijos de Dios; todos somos miembros de un solo Cuerpo, según la doctrina que se enseña en la Epístola a los Efesios. Debo darme cuenta de que mi hermano, mi hermana, con quienes tengo dificultades, son objeto del amor de Dios, del amor del Señor, al igual que yo. Al darme cuenta de que son tan amados como yo, los miro de una manera completamente diferente; puedo soportarlos y así esforzarme por mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz» (Efe. 4:3). ¿No es así como podremos llegar a realizar lo que se dice: «¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!»? Qué imagen tan hermosa, ¿verdad? Así es como el Señor desea vernos. ¡Y qué atmósfera tan bendita se crea en una asamblea cuando los hermanos y hermanas están así *unidos juntos*!

1.3 - El aceite, símbolo del Espíritu, es la fuente de la unidad

«Es como el buen óleo sobre la cabeza, el cual descende sobre la barba, la barba de Aarón, y baja hasta el borde de sus vestiduras» (v. 2). Esta imagen del aceite es muy preciosa; se trata del aceite con el que se ungía al sacerdote cuando comenzaba su servicio. «Habló más Jehová a Moisés, diciendo: Tomarás especias finas: de mirra excelente quinientos siclos, y de canela aromática la mitad, esto es, doscientos cincuenta, de cálamo aromático doscientos cincuenta, de casia quinientos, según el siclo del santuario, y de aceite de olivas un hin. Y harás de ello el aceite de la santa unción; superior ungüento, según el arte del perfumador, será el aceite de la unción santa. Con él ungirás el tabernáculo de reunión, el arca del testimonio, la mesa con todos sus utensilios, el candelero con todos sus utensilios, el altar del incienso, el altar del holocausto con todos sus utensilios, y la fuente y su base. Así los consagrarás, y serán cosas santísimas; todo lo que tocare en ellos, será santificado. Ungirás también a Aarón y a sus hijos, y los consagrarás para que sean mis sacerdotes» (Éx. 30:22-30).

Los ingredientes de este aceite evocan, al igual que los del incienso compuesto descrito en el mismo capítulo, los caracteres de nuestro Señor: estas diversas especias, cada una por sí misma y todas juntas, eran un aroma agradable para su Dios cuando vivía en la tierra. Estos caracteres se unen al aceite que nos habla del Espíritu Santo, con el que también todos nosotros hemos sido ungidos. Somos santificados por el Espíritu Santo: cada cristiano lo ha recibido. Pero aquí es para la santificación del Sumo Sacerdote Aarón, con vistas a su servicio, el de la adoración del que habla el Salmo siguiente. Esta unción es la del Espíritu Santo. Lo hemos visto en [Efesios 4](#), donde se nos llama a mantener la unidad del Espíritu. No es una unidad creada por

nuestras mentes, sino la unidad que produce el Espíritu Santo, por su gracia.

El aceite derramado sobre la cabeza de Aarón fluye luego sobre su barba y sus vestiduras. La barba habla de su dignidad y sus vestiduras, de la marcha práctica en este mundo. Eran las vestiduras del sacerdote las que mostraban que estaba santificado, apartado para Dios.

La paz entre los hermanos, que no puede lograrse sin la acción del Espíritu Santo en nosotros, es nuestra *responsabilidad*. No se trata aquí de la paz de nuestra conciencia: es obra de Dios, que la ha hecho para la eternidad ([Rom. 5:1](#)). No es la paz de nuestro corazón; nuestra responsabilidad es encontrarla siguiendo al Señor Jesús ([Mat. 11:29](#); [Fil. 4:7](#)). Aquí se trata de la paz *entre nosotros, cuya realización nos incumbe*. El Señor presenta las bendiciones que se derivan de ella con esta hermosa imagen del «buen oleo» derramado sobre Aarón y que descendía sobre «el borde de sus vestiduras».

1.4 - El rocío, símbolo de la Palabra de Dios, aporta frescor y bendición

«Como el rocío del Hermón, que desciende sobre los montes de Sion» (v. 3). Este lugar, Sion, se menciona en cada uno de los 3 Salmos de esta quinta parte de los Cánticos de los grados:

- En el [Salmo 132](#): aprendemos que es «Jehová ha elegido a Sion» (v. 13).
- Aquí, en el [Salmo 133](#), se especifica que se trata de las montañas de Sion o de la *montaña* de Sion. Era el lugar donde se erigió el templo.
- En el [Salmo 134](#) se expresa el deseo: «Desde Sion te bendiga Jehová, el cual ha hecho los cielos y la tierra» (v. 3).

Sion se menciona por primera vez en relación con David, el ungido de Jehová, su amado, el hombre según sus pensamientos: «Pero David tomó la fortaleza de Sion, la cual es la ciudad de David» ([2 Sam. 5:7](#)). David encontró este lugar e hizo de Sion su propia morada, la ciudad de David. Si miramos un plano de Jerusalén hoy en día, Sion es un municipio al suroeste de la ciudad de Jerusalén, pero eso no es exacto. Originalmente, la fortaleza de Sion y la ciudad de David se encontraban al sur del monte del templo, donde actualmente se encuentra la Cúpula de la Roca. En la actualidad son ruinas y un pueblo árabe. Allí se encontraba la ciudad de David

con la fortaleza de Sion. De ahí se extendió el nombre de Sion por toda la ciudad de Jerusalén. Finalmente, Sion se confunde con Jerusalén. Hoy en día se llama Sion a una colina que se encuentra a pocos kilómetros de distancia, pero eso no es lo que se menciona en la Biblia.

Sion es el lugar que David conquistó, que Dios eligió, como vemos en el [Salmo 87](#): «Ama Jehová las puertas de Sion más que todas las moradas de Jacob» (v. 2). Las moradas de Jacob son todo Israel, todo el país. Pero allí, en todo ese país, había un lugar que Él había elegido, donde se encontraba su templo, erigido por Salomón. Dios ama ese lugar: «Escogió la tribu de Judá, el monte de Sion, al cual amó» ([Sal. 78:68](#)). Esto muestra un poco –podríamos mencionar muchos otros pasajes– el interés que Dios tiene por esta ciudad. Este lugar habla de la *gracia de Dios* hacia los hombres. Así, en el Nuevo Testamento, Sion tiene este significado para nosotros, mientras que en el Antiguo Testamento es sobre todo el lugar que Dios eligió para poner allí su nombre, para habitar allí.

Si el aceite habla de las bendiciones, del gozo del Espíritu derramado entre los creyentes que viven unidos en paz, este «rocío del Hermón, que descende sobre los montes de Sion» habla de refrescamiento. ¡Cuántas veces nos sentimos cansados, fatigados, incapaces de estar a la altura de nuestra vocación! Pero si sentimos lo necesario y hermoso que es vivir juntos en paz, como una gran familia, ¡qué refrescamiento nos proporciona! El Hermón es una montaña situada al norte de Israel, en el Líbano. Se eleva a más de 2800 metros, mientras que en Israel la montaña más alta alcanza los 800 metros. La cima del Hermón se encuentra a la altura de las nieves eternas; cuando sopla el viento del norte, trae aire fresco que se deposita, como el rocío, sobre el monte Sion. Es el refresco que *todos* necesitamos; esta unidad de los hermanos se compara con el rocío del Hermón que Dios envía sobre las montañas de Sion. Es allí, y en tales condiciones, donde Dios ordenó la bendición, la vida para la eternidad. El pueblo, bajo el antiguo pacto, no conocía la vida eterna tal y como la conocemos nosotros. Naturalmente, poseían la vida para la eternidad. Abraham y todos los demás creyentes del Antiguo Testamento tienen una vida eterna, la vida de Dios. Pero en el Nuevo Testamento, la vida eterna es la vida del Señor Jesús, el Hijo de Dios mismo: ¡Él es nuestra vida!

Y eso ni siquiera Abraham podía decirlo, porque no conocía al Señor, que declara, hablando de sus ovejas: «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» ([Juan 10:10](#)). Así, conocemos al Señor como *nuestra vida*: «Cristo, quien es nuestra vida» ([Col. 3:4](#)); «Este es el verdadero Dios, y la vida eterna» ([1 Juan 5:20](#)). Esa es nuestra parte, no solo una vida sin fin, aunque eso es cierto, sino una

vida de tal calidad que requirió el sacrificio de su Hijo. Para *disfrutarla*, es necesario poner en práctica las condiciones benditas que se nos presentan aquí: la unidad y el amor entre los hermanos. Que el Señor nos las conceda. Que nos dé un espíritu de humildad y ese amor fraternal del que acabamos de hablar.

2 - Salmo 134

«Benedicid a Jehová, todos vosotros, siervos de Jehová, que estáis de guardia en la casa de Jehová durante la noche! ¡Levantad vuestras manos en el lugar santo y benedicid a Jehová! ¡Que Jehová, que hizo los cielos y la tierra, os bendiga desde Sion!»

En este Salmo se alcanza, por así decirlo, el grado más elevado: la adoración. A lo largo de los cánticos hemos visto los distintos grados, la conversión del remanente, el arrepentimiento, la fe en el Señor Jesús que recibirán cuando le vean con las manos perforadas. Le preguntarán: «¿Qué heridas son estas en tus manos? Y él responderá: Con ellas fui herido en casa de mis amigos» (Zac. 13:6). Llorarán cuando vean al Señor aparecer en toda su gloria. Para nosotros, los creyentes, será muy diferente cuando el Señor que esperamos nos lleve a su encuentro.

Entonces estos fieles conocerán el arrepentimiento y la salvación; se habrán convertido y creerán en el Señor. También conocerán el lugar que él ha elegido y la paz entre ellos; en tal estado de cosas surgirá la verdadera adoración.

2.1 - La alabanza en la Casa de Jehová

«Mirad, benedicid a Jehová, vosotros todos los siervos de Jehová, los que en la casa de Jehová estáis por las noches» (134:1). Es Israel, en el Milenio. Estos versículos no se aplican a la familia de los sacerdotes (la de Aarón): esta estaba formada por los siervos a los que se les permitía permanecer en la casa de Jehová. El resto del pueblo estaba fuera porque no había entrada para *todo* el pueblo. Lo mismo ocurrirá en el Milenio.

En el Antiguo Testamento no se encuentra que los sacerdotes sirvieran al Señor durante la noche. Se dice que el fuego sobre el altar del holocausto debía arder toda la noche (Lev. 6:2), pero no se dice que el sacerdote estuviera presente. Aquí, permanecen en la casa de Jehová durante las noches; esto parece indicar que se trata del Milenio, porque en la eternidad ya no habrá noche, pero en el Milenio aún se

alternarán el día y la noche. Es un tiempo de bendición perpetua, que sin embargo no corresponde al estado perfecto de la eternidad.

Hoy en día, los que somos creyentes somos *todos* sacerdotes: Aquel que nos ama nos ha hecho «un reino, sacerdotes para su Dios y Padre» (Apoc. 1:6). Por lo tanto, el llamamiento de este Salmo se dirige a todos nosotros: debemos bendecir a Jehová durante las noches. Cuando aplicamos estas cosas a nuestro tiempo y a nuestras circunstancias, vemos que nos encontramos en la noche: nos rodea continuamente. El mundo que nos rodea se encuentra en la noche moral, porque la noche y las tinieblas hablan de la ignorancia de Dios. En esta situación, podemos permanecer *en el santuario* del Señor.

¡Qué privilegio! Tenemos un lugar donde todo es luz, como en las casas de los israelitas, cuando las tinieblas cubrían todo el país de Egipto; en sus moradas había luz (Éx. 10:23). La gracia divina nos ha sacado de las tinieblas y nos ha transportado a su «maravillosa luz» (1 Pe. 2:9), donde podemos permanecer. Estamos constantemente en la luz, aunque la noche nos rodee mientras estemos en la tierra.

En esta luz del conocimiento de nuestro Dios como Padre, por medio de la persona del Señor que vino a este mundo como la luz verdadera. Él nos sacó de las tinieblas, podemos permanecer en la casa de Jehová durante toda la noche. Solo cuando el Señor vendrá a buscarnos, este servicio cesará para dar paso al que prestaremos en la gloria eterna.

2.2 - La invitación a bendecir a Jehová en el Lugar Santo

¿Cuál es nuestro servicio *ahora*? «Alzad vuestras manos al santuario y bendecid a Jehová» (v. 2). La adoración de los creyentes siempre puede ser ofrecida a su Dios y Padre. «Ofrezcamos, pues, por medio de él, un continuo sacrificio de alabanza a Dios, es decir, el fruto de los labios que confiesa su nombre» (Hebr. 13:15).

Un israelita sabía bien lo que era un sacrificio. Sabemos por el Nuevo Testamento que estos sacrificios hablan de la persona del Señor y de su obra en la cruz. Los sacrificios *de alabanza* que podemos ofrecer a Dios son la alabanza al Señor y a su obra. Ahora bien, se nos dice que es el «fruto de los labios», es decir, lo que se forma en nuestra alma y luego se expresa con nuestros labios en cánticos, acciones de gracias y adoración.

También tenemos la libertad de entrar «de continuo» en el santuario. Durante el

período del Antiguo Testamento y hasta la muerte del Señor, el santuario (el «Lugar Santísimo») estaba cerrado; estaba separado de la primera parte por el velo. El velo fue rasgado en el momento de la muerte del Señor Jesús y ahora podemos entrar en la presencia misma de Dios, en espíritu, naturalmente, aunque todavía no corporalmente; eso será en cuerpos glorificados, en el momento en que el Señor venga a buscarnos para introducirnos en el cielo, en la Casa del Padre. Pero ya, en espíritu, podemos estar en el santuario.

Cada día, en casa, solos o en familia, podemos alabar a Dios, alabar al Señor. Es una buena costumbre cantar las alabanzas del Señor, poder no solo orarle, sino también adorarle en el seno de la familia. El carácter más elevado se encuentra en el momento en que tenemos ante nosotros los emblemas del sacrificio de nuestro Señor, el primer día de la semana, cuando nos reunimos en asamblea, como sacerdotes, para «alzar nuestras manos al santuario» y adorar a Dios. Esta bendición la encontramos en cada uno de los 2 primeros versículos: «Benedicid a Jehová». Somos nosotros quienes bendecimos a nuestro Dios como nuestro Padre (no al Señor), por medio de Cristo, quien, como Hijo, nos ha manifestado al Padre.

2.3 - La bendición que Jehová trae a los suyos

En el último versículo del Salmo se dice: «Desde Sion te bendiga Jehová, el cual ha hecho los cielos y la tierra» (v. 3). Nosotros, los creyentes, bendecimos a Dios, y él también nos bendice. Pero, naturalmente, es muy diferente. En hebreo y en griego, “benedecir” tiene, en efecto, el mismo doble significado: “de los hombres hacia Dios”, así como “de Dios hacia nosotros”. La palabra significa “hablar bien de una persona”. Si hablamos así de Dios y del Señor Jesús, es adoración. Pero cuando Dios habla de nosotros, es con el fin de bendecirnos y colmarnos de sus bendiciones.

La adoración no es exactamente lo mismo que el *agradecimiento*. El apóstol Pablo dice a los colosenses: «Dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; quien nos liberó del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor; en quien tenemos la redención, el perdón de nuestros pecados» (Col. 1:12-14). Aquí se nos exhorta a dar gracias a nuestro Dios y Padre porque nos ha bendecido, porque nos ha dado al Señor que nos ha salvado. Damos gracias, estamos agradecidos por algo que hemos recibido. Por supuesto, el Espíritu Santo nos exhorta aquí a hacerlo. No se trata de ese agradecimiento general al que se nos exhorta varias veces: “Estad agradecidos” en todas las cosas. Aquí se trata de una exhortación al agradecimiento por las bendiciones que hemos recibido

por medio de la obra del Señor.

El versículo ya citado: «Ofrezcamos, pues, por medio de él, un continuo sacrificio de alabanza a Dios» nos invita a expresar la *alabanza*. Es algo diferente al agradecimiento y la acción de gracias. El maestro elogia al alumno por su trabajo, no por lo que ha recibido, sino por lo que ha logrado. Por lo tanto, podemos, y se nos exhorta a ello, alabar a Dios por medio del Señor, por lo que ha hecho. Todo esto nos ayuda a pensar menos en nosotros mismos, porque a veces somos un poco egoístas.

La adoración es lo más elevado. No es el agradecimiento, no es la alabanza. La adoración es la apreciación de la Persona misma que lo ha hecho todo. Esa es la adoración de la que habla el Señor a la mujer samaritana: «Dios es espíritu; y los que le adoran, deben adorarle en espíritu y en verdad» ([Juan 4:24](#)). Esto no significa que no debamos estar agradecidos. La Palabra quiere elevarnos, hacernos crecer en conocimiento y también en nuestra inteligencia espiritual, para que nos ocupemos no solo de lo que hemos recibido (nuestra salvación), de lo que el Señor ha hecho (su obra), sino de él mismo, la Persona que lo ha hecho todo, la Persona que es el deleite del Padre.

La adoración espiritual siempre se dirige a Aquel que es mucho más elevado que nosotros. Dios Padre encuentra su deleite en el Hijo. Por el contrario, no nos atreveríamos a decir que encontramos nuestro deleite en el Señor, aunque sea cierto. En la adoración expresamos lo que hemos encontrado en él. En [Apocalipsis 5](#), después de la alabanza pronunciada por los redimidos, a la que los 4 seres vivientes responden: «¡Amén!», los ancianos se postran [sobre sus rostros] y rinden homenaje (v. 14). Se podría decir que adoran, es el mismo pensamiento y la misma palabra. Postrarse en adoración ante la Persona de nuestro Señor, que nos ha amado tanto, ante la Persona de nuestro Dios y Padre, que nos ha dado a su Hijo amado, ¿no es acaso lo más elevado? Es lo único que continuará por la eternidad. Aquí abajo, como cristianos, podemos hacer muchas cosas. Que el Señor nos permita hacer cada vez más. Podemos evangelizar, necesitamos ser exhortados, ser enseñados, pero todo eso terminará en el momento en que el Señor venga a buscarnos. Entonces ya no habrá evangelización, ni exhortación, ni enseñanza; en la Casa del Padre, conoceremos como hemos sido conocidos ([1 Cor. 13:12](#)). La adoración continuará durante la eternidad, y allí es donde alcanzará su pleno desarrollo. Aquí todo está *limitado*; nuestro conocimiento, nuestra apreciación, nuestro amor por el Señor son a menudo muy débiles, y nuestra adoración es aún más débil. Pero allí, nada nos perturbará, nada nos impedirá adorar. Será *la perfección*. Seremos como él, estaremos con él y le veremos tal como es ([1 Juan 3:2](#)). Y allí podremos ofrecerle nuestra verdadera

adoración.

Cuán valioso es ver que lo que corona este desarrollo espiritual del remanente de Israel es la adoración.

Nuestra parte excelente es adorar al Señor y, por él, a Aquel que lo dio, nuestro Padre. ¡Qué lugar tan importante debería ocupar esta adoración en nuestra vida cristiana en la tierra! Comenzada aquí, continuará en la eternidad para gloria del Padre y del Hijo; entonces, alrededor del Cordero, mucho mejor que en la tierra, “seremos reyes y sacerdotes”.